

The background of the cover is a detailed illustration of a library. The walls are lined with tall wooden bookshelves filled with books. In the foreground, a wooden table is covered with a dark, patterned cloth. On the table sits a yellow ceramic vase with two handles, containing a bouquet of orange and red flowers. To the right of the vase, several stacks of books are piled up. The lighting is warm, creating a cozy atmosphere.

Stefan Zweig  
Mendel  
el de los libros

TRADUCCIÓN DE BERTA VIAS MAHOU

Lectulandia

Escrito en 1929, Mendel el de los libros narra la trágica historia de un excéntrico librero de viejo que pasa sus días sentado siempre a la misma mesa en uno de los muchos cafés de la ciudad de Viena. Con su memoria enciclopédica, el inmigrante judío ruso no sólo es tolerado, sino querido y admirado por el dueño del café Gluck y por la culta clientela que requiere sus servicios. Sin embargo, en 1915 Jakob Mendel es enviado a un campo de concentración, acusado injustamente de colaborar con los enemigos del Imperio austrohúngaro. Un breve y brillante relato sobre la exclusión en la Europa de la primera mitad del siglo XX.

**Lectulandia**

Stefan Zweig

# **Mendel el de los libros**

**ePUB v1.0**

Chachín 30.08.12

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: *Buchmendel*  
Stefan Zweig, enero de 1929.  
Traducción: Berta Vias Mahou

Editor original: Chachín (v1.0)  
ePub base v2.0

De vuelta en Viena tras una visita a los barrios de la periferia, me vi inmerso de improviso en un chaparrón que, con húmedo látigo, perseguía a la gente obligándola a correr hasta los portales de las casas y otros refugios. Yo mismo busqué también, a toda velocidad, un techo que me amparara. Por fortuna, en Viena le espera a uno en cada esquina un café. De modo que huí al que se encontraba más próximo, con el sombrero que ya goteaba y los hombros empapados. Una vez en el interior, se reveló como el típico café de arrabal, con ese estilo casi esquemático, burgués, de los de la antigua Viena, lleno a rebosar de gente normal que consumía más periódicos que bollería, y sin los artificios tan de última moda en los cafés cantantes que en el centro de la ciudad imitan a los alemanes. En aquel momento —estaba empezando a oscurecer—, la atmósfera ya de por sí sofocante se veía jaspeada por espesos anillos de humo azul. Y, sin embargo, aquel café daba la impresión de estar limpio, con sus sofás de terciopelo visiblemente nuevo y su caja registradora de aluminio reluciente. Con las prisas no me había molestado en leer el nombre que ponía por fuera. Por otro lado, ¿para qué? De modo que me senté en aquel lugar cálido, mirando impaciente a través de los ventanales cubiertos de chorros azules a la espera de que la lluvia, inoportuna, tuviera a bien alejarse un par de kilómetros.

De modo que allí estaba yo, sentado sin hacer nada; a punto de caer en esa pasividad indolente que, como un narcótico, irradia todo auténtico café vienés. Con aquella sensación de vacío, me dediqué a contemplar a las distintas personas que se encontraban a mi alrededor. La luz artificial de aquel espacio lleno de humo marcaba unas sombras de un gris muy poco saludable en torno a sus ojos. Observé a la señorita de la caja, que con movimientos mecánicos alcanzaba al camarero el azúcar y las cucharillas para cada taza de café. Medio dormido, de manera involuntaria, leí los carteles del todo anodinos que colgaban de las paredes. Aquella especie de letargo casi me sentó bien. Pero, súbitamente, una extraña tensión me sacó de mi somnolencia. Una imprecisa inquietud despertaba en mi interior, como lo hace un pequeño dolor de muelas del que aún no sabe uno si procede de la parte izquierda o de la derecha, de la mandíbula inferior o de la superior. Tan sólo sentí una sorda impaciencia, una intranquilidad

espiritual, pues de pronto —no sabría decir por qué— fui consciente de que ya debía de haber estado allí en alguna ocasión, hacía años, y de que algún recuerdo debía de unirme a aquellas paredes, a aquellas sillas, a aquellas mesas, a aquel espacio envuelto en humo.

Pero cuanto más me esforzaba por alcanzar aquel recuerdo, con mayor malicia y de modo más escurridizo se me escapaba, como una medusa, brillando incierto en el estrato más profundo de la conciencia y, sin embargo, imposible de atrapar. En vano fijé la mirada en cada objeto que había en aquel local. Es cierto que algunas cosas no las conocía, como la caja registradora con su resorte tintineante. O el revestimiento marrón de las paredes de falsa madera de palisandro. Todo aquello debían de haberlo colocado más tarde. Pero, sí, sin duda. Yo había estado allí en alguna ocasión, hacía veinte años o más. Allí perduraba, oculto en lo invisible como el clavo en la madera, una parte de mi propio yo hace tiempo soterrada. Haciendo un esfuerzo, dilaté y empujé todos mis sentidos por aquel espacio, y al mismo tiempo por mi interior. Y, sin embargo... ¡Maldita sea! No lograba alcanzar aquel recuerdo desaparecido, ahogado en mí mismo.

Me enfadé, como se enfada uno siempre que un fallo le hace ser consciente de la insuficiencia e imperfección de las fuerzas mentales, pero no perdí la esperanza de recuperar aquel recuerdo. Tenía claro que tan sólo necesitaba un minúsculo gancho al que poder aferrarme, pues mi memoria es de una índole particular, buena y mala al mismo tiempo. Por un lado, obstinada y tenaz, pero por otro también increíblemente fiel. Se traga lo más importante, tanto en lo que respecta a los acontecimientos como a los rostros, tanto lo leído como lo vivido, dejándolo con frecuencia en lo más hondo, en la oscuridad, y no devuelve nada de ese mundo subterráneo sin que uno ejerza presión, sólo porque así lo requiere la voluntad. Sin embargo, me basta el más fugaz asidero, una postal, los trazos de una caligrafía en el sobre de una carta, una hoja de periódico amarilla por el tiempo, y enseguida lo olvidado, como el pez en el anzuelo, resurge de un brinco de la fluida y oscura superficie, vivo y coleando. Entonces reconozco cada detalle de una persona: su boca y, en su boca, el hueco de un diente, a

la izquierda, cuando se ríe. Y el tono ronco de su risa, y cómo al reírse se le contrae el bigote. Y cómo con esa risa surge otro rostro, diferente. Todo esto lo veo entonces de inmediato, en una panorámica completa, y años después recuerdo cada palabra que aquella persona me dijo en cierta ocasión. Pero, para percibir con los sentidos algo ocurrido en el pasado, necesito siempre un estímulo sensorial, una mínima ayuda de la realidad. Así que cerré los ojos para poder reflexionar de modo más intenso, para dar forma a aquel anzuelo misterioso y asirlo. Pero, ¡nada! Otra vez, ¡nada! Estaba enterrado y olvidado. Y tanto me irrité por lo chapucero y caprichoso del aparato retentivo que tengo entre las sienes, que habría podido golpearme la frente con los puños, tal y como se sacude una máquina tragaperras estropeada que, desleal, retiene lo que le pedimos. No, no podía seguir por más tiempo sentado tranquilamente. Hasta tal punto me excitaba aquel fracaso íntimo. Y de puro enojado me levanté para despejarme. Pero, es curioso, apenas había dado los primeros pasos por el local, cuando en mi interior se produjo, reverberando y centelleante, un primer resplandor fosforescente. A la derecha de la caja registradora, recordé, debía de haber una habitación sin ventanas, iluminada tan sólo con luz artificial. En efecto. Así era. Y allí estaba, empapelada de un modo distinto y, sin embargo, exacta en sus proporciones, aquella habitación interior cuadrada, de contornos imprecisos: la sala de juego. De manera instintiva, miré en derredor los diferentes objetos, con los nervios que ya vibraban de alegría. Enseguida lo sabría todo, sentí. Dos mesas de billar holgazaneaban allí como verdes ciénagas en silencio. En las esquinas había mesas de juego agazapadas, a una de las cuales estaban sentados dos consejeros o catedráticos jugando al ajedrez. Y en un rincón, justo al lado de la estufa de hierro, por donde se iba a la cabina de teléfonos, una pequeña mesa cuadrada. Y de improviso me vino a la memoria como un relámpago. Lo supe de inmediato, al instante, con una única y ardiente sacudida que me hizo estremecer de felicidad. Dios mío, si aquel era el sitio de Mendel, de Jakob Mendel, Mendel el de los libros. Veinte años después había ido a parar de nuevo a su cuartel general, el café Gluck, en la parte alta de la Alserstraße. Jakob Mendel. ¿Cómo había podido olvidarle? Era

impensable. Durante tanto tiempo. A aquel ser humano de lo más particular, a aquel hombre legendario. A aquel peculiar portento universal, famoso en la universidad y en un círculo reducido y respetuoso... Cómo había podido olvidarle, a él, el mago, el corredor de libros que, imperturbable, se sentaba allí día tras día, de la mañana a la noche. Símbolo del conocimiento. ¡Gloria y honra del café Gluck!

No necesité más que volver la vista hacia mi interior, tras los párpados, durante un segundo, y enseguida, de la sangre iluminada por las imágenes, ascendió su inconfundible figura. Le vi de inmediato en cuerpo y alma, tal y como solía sentarse a aquella mesita cuadrada con la superficie de mármol de un sucio gris, siempre repleta de libros y documentos. Cómo se sentaba allí, invariable e impertérrito, la mirada tras las gafas fija, hipnóticamente clavada en un libro. Cómo se sentaba allí y cómo, susurrando y rezongando durante la lectura, mecía su cuerpo y su calva mal pulida y salpicada de manchas hacia delante y hacia atrás, una costumbre adquirida en el *cheder*, el parvulario de los judíos del Este. Allí, en aquella mesa y sólo en ella, leía él sus catálogos y sus libros, tal y como le habían enseñado a hacer en la escuela talmúdica, canturreando en voz baja y balanceándose: una cuna negra, bamboleante. Pues así como un niño cae en el sueño y se olvida del mundo por medio de ese rítmico vaivén hipnotizador, también el espíritu, en opinión de aquellos devotos, se sume de manera más fácil en la gracia de la abstracción gracias a ese oscilar y columpiarse del cuerpo ocioso. Y en efecto, Jakob Mendel no veía ni oía nada de lo que ocurría a su alrededor. Junto a él alborotaban y vociferaban los jugadores de billar, corrían los marcadores, repiqueteaba el teléfono. Barrían el suelo, encendían la estufa... Él no se enteraba de nada. En una ocasión, un carbón al rojo vivo cayó fuera de la estufa; y ya olía a chamuscado y humeaba el parque a dos pasos de él, cuando, alertado por el tufo infernal, uno de los parroquianos se dio cuenta del peligro y a toda velocidad se abalanzó para extinguir la humareda. Pero él, Jakob Mendel, a tan sólo dos pulgadas de distancia y ya tiznado por el humo, no había notado nada, pues leía como otros rezan, como juegan los jugadores, tal y como los borrachos, aturdidos, se quedan con la mirada perdida en el vacío. Leía con un ensimismamiento tan

impresionante que desde entonces cualquier otra persona a la que yo haya visto leyendo me ha parecido siempre un profano. En Jakob Mendel, aquel pequeño librero de viejo de Galitzia, contemplé por primera vez, siendo joven, el vasto misterio de la concentración absoluta, que hace tanto al artista como al erudito, al verdadero sabio como al loco de remate, esa trágica felicidad y desgracia de la obsesión completa.

Hasta él me llevó un colega de la universidad, algo mayor que yo. Por entonces yo estaba realizando una investigación sobre el médico y magnetizador paracélsico Mesmer, aún hoy poco conocido. Por cierto, con poco éxito, pues la bibliografía sobre el tema en cuestión se reveló insuficiente, y el bibliotecario, al que yo, cándido neófito, había pedido información, me gruñó en términos poco amables que la documentación era cosa mía, no suya. Entonces aquel colega me dijo por primera vez su nombre. «Iré contigo a ver a Mendel», me prometió. «Él lo sabe todo y lo consigue todo. Él te trae el libro más singular del más olvidado de los anticuarios alemanes. Es el hombre más capaz en toda Viena y además auténtico, un ejemplar de una raza en extinción, un saurio antediluviano de los libros».

De modo que fuimos los dos al café Gluck, y, mira por dónde, allí estaba sentado Mendel el de los libros, con las gafas puestas, la barba desaliñada, vestido de negro. Leyendo, se balanceaba como un oscuro matorral al viento. Nos acercamos, pero él no se dio cuenta. Se limitaba a estar allí sentado, leyendo y balanceando el torso como si fuera una pagoda, hacia delante y hacia atrás, por encima de la mesa. Tras él, de un gancho, colgaba su negro y raído paleta, asimismo atiborrado de revistas y apuntes. Para anunciarnos, mi amigo tosió con fuerza. Pero Mendel, las gruesas gafas aplastadas contra el libro, seguía sin percatarse de nuestra presencia. Por fin mi amigo dio sobre la superficie de la mesa un golpe tan fuerte y enérgico como cuando llama uno a una puerta... Entonces Mendel levantó la vista y, con un movimiento mecánico y rápido, se subió hasta la frente las toscas gafas de montura de acero. Bajo las erizadas cejas de un gris ceniza, dos extraños ojos se clavaron en nosotros, unos ojos pequeños, negros, despiertos, de mirada ágil, aguda y temblequeante como la lengua de una

serpiente. Mi amigo me presentó, y yo expuse mi demanda, para lo cual — la argucia me la había recomendado expresamente mi amigo— empecé por quejarme, en apariencia furioso, del bibliotecario que no me había querido dar información alguna. Mendel se echó hacia atrás y escupió con cuidado. Después soltó una breve risa y, en la marcada jerga de los judíos orientales, exclamó: «¿Que no ha querido? No. ¡No ha podido! Es un *parch*, un burro apaleado con el pelo gris. Le conozco, para mi desgracia, desde hace veinte años largos, pero sigue sin haber aprendido nada. Embolsarse el sueldo... es lo único que saben hacer esos doctores. Deberían acarrear piedras en lugar de andar metidos entre libros».

Con esta enérgica descarga afectiva se había roto el hielo, y un bondadoso ademán de su mano me invitó por primera vez a acercarme a aquella mesa de mármol cuadrada repleta de notas, a aquel altar de revelaciones bibliófilas aún desconocido para mí. Expliqué al instante mis deseos: las obras contemporáneas sobre magnetismo, así como todos los libros y polémicas posteriores a favor y en contra de Mesmer. En cuanto terminé, Mendel cerró durante un segundo el ojo izquierdo, igual que un arcabucero antes de disparar. Pero, de verdad, aquel gesto de concentrada atención duró tan sólo un segundo. Después enumeró de inmediato y con fluidez, como si estuviera leyendo en un catálogo invisible, dos o tres docenas de libros, cada uno de ellos con el lugar de publicación, la fecha y el precio aproximado. Me quedé perplejo. Aunque venía preparado, no me esperaba algo así. Sin embargo, mi estupefacción pareció agradarle, pues al instante siguió tocando en el teclado de su memoria las más asombrosas variaciones sobre mi tema. Me preguntó si quería saber también algo sobre el sonambulismo, sobre los primeros ensayos con la hipnosis y sobre Gaßner, sobre exorcismo, la Ciencia Cristiana y la Blavatsky. De nuevo los nombres, los títulos, las descripciones estallaron chisporroteando. Sólo entonces comprendí con qué prodigio único de la memoria había topado en la persona de Jakob Mendel. Realmente, se trataba de una enciclopedia, de un catálogo universal sobre dos piernas. Obnubilado por completo, me quedé mirando a aquel fenómeno bibliográfico, camuflado bajo la envoltura insignificante, incluso algo grasienta, de un pequeño librero de viejo de

Galitzia, el cual, tras haberme soltado unos ochenta nombres, al parecer sin darle importancia, pero en su interior satisfecho por el triunfo jugado, se limpiaba las gafas con un pañuelo de bolsillo que quizá en otro tiempo fuera blanco. Para disimular un poco mi asombro, le pregunté con timidez cuáles de entre todos aquellos libros podría conseguirme. «Pues veamos lo que se puede hacer», refunfuñó. «Vuelva por aquí mañana. Mendel entretanto le conseguirá algo. Y lo que no se encuentre, lo hallaré en otro sitio. Cuando uno tiene *sechel*<sup>[1]</sup> también tiene suerte».

Le di las gracias con educación y, acto seguido, por pura amabilidad, cometí una enorme estupidez, pues le propuse apuntarle en una hoja los títulos de los libros que deseaba. En el mismo instante noté que mi amigo me daba un codazo de advertencia. Pero era demasiado tarde. Mendel ya me había lanzado una mirada —¡qué mirada!— a un tiempo triunfal y ofendida, burlona y de superioridad, una mirada francamente regia, la mirada del Macbeth shakespeariano cuando Macduff pretende que el héroe invencible se entregue sin combatir. Después dejó escapar otra breve carcajada. La gran nuez en su garganta gorgoteó arriba y abajo de una manera curiosa. Al parecer se había tragado con esfuerzo una palabra grosera. Y Mendel, aquel hombre bueno y formal, habría tenido razón de haber soltado cualquier ordinareiz que se le hubiera ocurrido, pues sólo un extraño, un ignorante —un *amhorez*,<sup>[2]</sup> como él mismo decía— podía hacerle a él, a Jakob Mendel, una proposición tan humillante. Anotarle a él, a Jakob Mendel, el título de un libro, como si fuera el aprendiz de una librería o el bedel de una biblioteca, como si aquella inigualable mente libresca, diamantina, hubiera tenido que echar mano jamás de un recurso semejante, tan vulgar. Sólo más tarde comprendí hasta qué punto había ofendido su genio singular con aquel amable ofrecimiento, pues Jakob Mendel, aquel judío de Galitzia, pequeño, comprimido, envuelto en su barba y además jorobado, era un titán de la memoria. Tras aquella frente calcárea, sucia, cubierta por un musgo gris, cada nombre y cada título que se hubieran impreso alguna vez sobre la cubierta de un libro se encontraban, formando parte de una imperceptible comunidad de fantasmas, como acuñados en acero. De cualquier obra que hubiera aparecido lo mismo hacía

dos días que doscientos años antes conocía de un golpe el lugar de publicación, el editor, el precio, nuevo o de anticuario. Y de cada libro recordaba, con una precisión infalible, al mismo tiempo la encuadernación, las ilustraciones y las separatas en facsímil. Veía cada obra —lo mismo daba que la hubiera tenido en sus manos o que sólo la hubiera entrevisto en una ocasión y de lejos en un escaparate o en una biblioteca— con la misma claridad con la que el artista ve sus creaciones interiores, aún invisibles para el resto del mundo. Recordaba, por ejemplo, que un libro aparecía en oferta en el catálogo de un anticuario de Ratisbona por unos seis marcos y, de inmediato, que ese mismo libro se habría podido adquirir en un ejemplar diferente hacía dos años en una subasta en Viena por cuatro coronas. Y a la vez se acordaba también del comprador. No, Jakob Mendel no se olvidaba nunca de un título, de una cifra. Conocía cada planta, cada infusorio, cada estrella del cosmos perpetuamente sacudido y siempre agitado del universo de los libros. Sabía de cada materia más que los expertos. Dominaba las bibliotecas mejor que los bibliotecarios. Conocía de memoria los fondos de la mayoría de las casas comerciales, mejor que sus propietarios, a pesar de sus notas y ficheros, mientras que él no disponía más que de la magia del recuerdo, de aquella memoria incomparable que, en realidad, sólo se puede explicar a través de cientos de ejemplos diferentes. Por cierto que aquella memoria sólo había podido ejercitarse y formarse de aquella manera diabólicamente infalible por medio del eterno secreto de cualquier perfección: la concentración. Dejando a un lado los libros, aquel hombre singular no sabía nada del mundo, pues todos los fenómenos de la existencia sólo comenzaban a ser reales para él cuando se vertían en letras, cuando se reunían en un libro y, como quien dice, se habían esterilizado. Pero tampoco leía aquellos libros para entenderlos, en su contenido espiritual y narrativo. Tan sólo su título, su precio, su aspecto, la página de créditos atraían su atención. Aquella memoria específica de anticuario de Jakob Mendel, en último término improductiva y no creativa, mero inventario de cientos de miles de títulos y nombres grabados en la blanda corteza cerebral de un mamífero, en lugar de, como en otro tiempo, escritos en un catálogo en forma de libro era, no obstante, en su perfección, única,

un fenómeno de no menor importancia que la de Napoleón para las fisonomías, la de Mezzofanti para los idiomas, la de Lasker para las aperturas de ajedrez o la de Busoni para la música. En un seminario, en un puesto público, aquel cerebro habría enseñado y sorprendido a miles, a cientos de miles de estudiantes y eruditos. Habría sido de provecho para las ciencias, una adquisición sin igual para esas cámaras del tesoro público que llamamos bibliotecas. Pero ese mundo superior, a él, el pequeño librero de viejo de Galitzia sin formación, que apenas había pasado más allá de la escuela talmúdica, le estaba para siempre vedado. Así, aquellas dotes fantásticas tan sólo podían practicarse como una ciencia oculta sobre la mesa de mármol del café Gluck. Pero si en alguna ocasión aparece el gran psicólogo —esa obra aún falta en nuestro mundo del espíritu— que, de una manera tan metódica y paciente como Buffon ordenó y clasificó las diferentes especies de animales, describa por separado cada variedad, género y forma primitiva de esa mágica potencia que llamamos memoria y exponga sus distintas variantes, debería aludir a Jakob Mendel, aquel genio de los precios y de los títulos, aquel maestro anónimo de la ciencia anticuaria.

A causa de su oficio, y para los ignorantes, Jakob Mendel pasaba sin duda por ser tan sólo un pequeño comerciante de libros. Todos los domingos aparecían en la prensa, en el *Neue Freie Presse* y en el *Neues Wiener Tagblatt*, los mismos anuncios estereotipados: «Compro libros viejos. Pago los mejores precios. Acudo de inmediato. Mendel, Obere Alserstraße». Y a continuación, un número de teléfono, que en realidad era el del café Gluck. Revolvía los almacenes, todas las semanas, ayudado por un viejo ordenanza de barba imperial, acarreaba un nuevo botín hasta su cuartel general y, desde allí, otra vez de vuelta, pues no disponía de la concesión necesaria para abrir un negocio como es debido. De modo que se limitó al pequeño trapicheo, a una actividad menos lucrativa. Los estudiantes le vendían los libros de texto, que por sus manos pasaban de un curso al siguiente. Además, por un pequeño coste adicional, gestionaba y conseguía cualquier libro que uno buscara. Con él, un buen consejo era barato. El dinero no tenía espacio alguno dentro de su mundo, pues nunca

se le había visto más que con la misma chaqueta raída, por la mañana, por la tarde y por la noche, consumiendo su leche y sus dos panes, comiendo al mediodía algún bocado que le traían de la casa de huéspedes. No fumaba, no jugaba. Sí, se puede decir que no vivía, tan sólo aquellos dos ojos tras las gafas estaban vivos y alimentaban con palabras, títulos y nombres el cerebro de aquel ser enigmático. Y la masa blanda, fértil, absorbía con ansia aquella plétora, como una pradera las miles y miles de gotas de la lluvia. Las personas no le interesaban, y de todas las pasiones humanas tal vez sólo conocía una, por cierto, la más humana de todas, la vanidad. Cuando alguien acudía a él para que le proporcionara una información, cansado y habiendo buscado ya en otros cien lugares, y él podía darle a la primera aquel dato, sólo eso le suponía una satisfacción, un placer. Y tal vez también el hecho de que en Viena y en el extranjero hubiera una docena de personas que respetaban sus conocimientos y los necesitaban. En cada uno de esos toscos conglomerados formados por millones de seres que llamamos metrópolis, hay siempre, diseminadas en unos pocos puntos, algunas pequeñas facetas que en una minúscula superficie reflejan uno y el mismo universo, invisible para la mayoría, precioso tan sólo para el conocedor, para el hermano en la pasión. Y todos esos expertos en libros conocían a Jakob Mendel. De la misma manera que cuando uno quería un consejo sobre una partitura se dirigía a la Sociedad de Amigos de la Música para ver a Eusebius Mandyczewski, que, amable, estaba allí sentado, con su gorrilla gris, en medio de sus documentos y notas, y en cuanto alzaba los ojos resolvía sonriendo el problema más difícil; de la misma manera que hoy en día cualquiera que necesite una aclaración sobre el antiguo teatro y la cultura vieneses se dirige de manera indefectible al omnisciente padre Glossy, los pocos bibliófilos ortodoxos de Viena, en cuanto se les presentaba un hueso especialmente duro de roer, peregrinaban con la misma confiada naturalidad hasta el café Gluck para ver a Jakob Mendel. Contemplar a Mendel durante una de aquellas consultas me proporcionó, siendo yo un joven curioso, un placer de un tipo especial. Mientras que, por lo general, cuando se le presentaba un libro menor cerraba la cubierta con desprecio y sin más murmuraba «dos coronas», ante cualquier rareza o algo

único se echaba hacia atrás lleno de consideración, poniendo debajo una hoja de papel, y uno podía ver cómo de pronto se avergonzaba de sus dedos sucios, cubiertos de tinta, y de sus uñas negras. Después, tierno, cuidadoso, hojeaba el raro ejemplar con un enorme respeto, página por página. Nadie podía molestarle en un instante como aquél, como tampoco a un verdadero creyente durante la oración. Y de hecho, aquella manera de mirar, de rozar, de olfatear y sopesar, cada una de aquellas acciones por separado, tenía algo del ceremonial, de la sucesión regulada por el culto en un acto religioso. La espalda encorvada se movía de acá para allá, al tiempo que él murmuraba y refunfuñaba, se rascaba la cabeza, soltaba extraños y primitivos sonidos vocálicos, unos prolongados, casi estremecidos «¡ah!» y «¡oh!» de absorta admiración, y después de nuevo un rápido y horrorizado «¡ay!» o un «¡ay va!», cuando faltaba una página o resultaba que una hoja se la había comido la carcoma. Por fin, respetuoso, acunaba el mamotreto sobre su mano, olisqueaba y husmeaba el tosco paralelepípedo con los ojos semicerrados, no menos conmovido que una muchacha sentimentaloides frente a un nardo. Durante aquel procedimiento algo prolijo, el propietario, desde luego, tenía que conservar la paciencia. Pero una vez terminado el examen, Mendel daba de buena gana —sí, casi entusiasmado— toda la información, a la que se añadían inevitables y abundantes anécdotas, además de informes dramáticos sobre los precios de ejemplares similares. En aquellos momentos parecía más lúcido, más joven y más vivo, y sólo una cosa podía irritarle de un modo desmesurado: cuando un novato pretendía, por ejemplo, ofrecerle dinero por aquella tasación. Entonces retrocedía ofendido como el conservador jefe de una colección de arte al que un viajero americano hiciera ademán de darle una propina por su explicación, pues el hecho de poder tener un valioso libro entre las manos significaba para Mendel lo que para otros el encuentro con una mujer. Aquellos instantes eran sus noches de amor platónico. Tan sólo el libro, jamás el dinero, tenía poder sobre él. Por eso, los grandes coleccionistas, y entre ellos también el fundador de la Universidad de Princeton, intentaron en vano ganárselo para su biblioteca como consejero y comprador. Jakob Mendel se negaba. Sólo cabía imaginarlo en el café Gluck. Treinta y tres

años antes, todavía con la barba suave, de negras guedejas, y los ensortijados tirabuzones en las sienes, un jovencuelo encorvado y de corta estatura, había venido del Este a Viena a estudiar para rabino, pero pronto había abandonado al riguroso Dios único, Jehovah, para entregarse al politeísmo brillante y multiforme de los libros. Por entonces había encontrado el café Gluck, que poco a poco se convirtió en su taller, en su cuartel general, en su puesto de trabajo, en su mundo. Solitario como un astrónomo que en su observatorio contempla cada noche, por la diminuta abertura de su telescopio, las miríadas de estrellas, sus misteriosas evoluciones, su cambiante confusión, cómo desaparecen y vuelven a encenderse, Jakob Mendel miraba a través de sus gafas y desde aquella mesa cuadrada ese otro universo de los libros, que asimismo gira eternamente y renace transformado, aquel mundo sobre nuestro mundo.

Es obvio que en el café Gluck —cuya fama se unió para nosotros aún más a su cátedra imperceptible que a la figura que le daba nombre, el eminente músico Christoph Willibald Gluck, compositor de *Alcestes* y de *Ifigenia*— se le tenía en muy alta consideración. Formaba parte del inventario, igual que la vieja caja registradora de madera de cerezo, los dos billares mal remendados o la cafetera de cobre. Protegían su mesa como si fuera un santuario, pues cada vez que aparecían sus numerosos clientes e informadores eran instados amablemente por el personal a hacer alguna consumición, de modo que la mayor parte de su margen de ganancia fluía en realidad hacia la voluminosa cartera de cuero que Deubler, el jefe de camareros, llevaba en torno a las caderas. Por ello Mendel gozaba de múltiples privilegios. El teléfono para él era gratis. Le llevaban el correo y le hacían los recados. La buena mujer encargada de los aseos le cepillaba el abrigo, le cosía los botones y cada semana le llevaba un pequeño hatillo a lavar. Sólo a él le traían de la vecina casa de huéspedes el almuerzo de mediodía, y cada mañana el señor Standhartner, el propietario, venía en persona hasta su mesa y le saludaba. Por cierto que la mayoría de las veces sin que Jakob Mendel, enfrascado en sus libros, se diera cuenta. Entraba cada mañana a las siete y media en punto, y sólo abandonaba el local cuando se apagaban las luces. Jamás hablaba con los demás parroquianos.

No leía periódico alguno. No reparaba en modificación alguna. Y cuando el señor Standhartner le preguntó cortésmente en una ocasión si no leía mejor con la luz eléctrica que antes bajo el pálido y vacilante resplandor de las lámparas de gas, él levantó la vista y, asombrado, contempló las bombillas. Aquel cambio, a pesar del bullicio y del martilleo de una instalación que había durado varios días, le había pasado por completo desapercibido. A través de los dos orificios redondos de las gafas, a través de aquellas lentes resplandecientes y succionantes, únicamente se filtraban en su cerebro los millares de infusorios negros de las letras. Todo lo demás que pudiera ocurrir a su alrededor fluía junto a él como un ruido sordo. En realidad, había pasado más de treinta años, es decir, toda la parte consciente de su vida, leyendo en aquella mesa cuadrada, comparando, calculando, en un estado de somnolencia constante que tan sólo interrumpía para irse a dormir.

Por eso, cuando vi la mesa de mármol de Jakob Mendel, aquella fuente de oráculos, vacía como una losa sepulcral, dormitando en aquella habitación, me sobrevino una especie de terror. Sólo entonces, al cabo de los años, comprendí cuánto es lo que desaparece con semejantes seres humanos. En primer lugar, porque todo lo que es único resulta día a día más valioso en un mundo como el nuestro, que de manera irremediable se va volviendo cada vez más uniforme. Y además, llevado por un hondo presentimiento, el joven inexperto que fui había sentido un gran aprecio por Jakob Mendel. Gracias a él me había acercado por vez primera al enorme misterio de que todo lo que de extraordinario y más poderoso se produce en nuestra existencia se logra sólo a través de la concentración interior, a través de una monomanía sublime, sagradamente emparentada con la locura. Que una vida pura en el espíritu, una abstracción completa a partir de una única idea, aún pueda producirse hoy en día, un enajenamiento no menor que el de un yogui indio o el de un monje medieval en su celda, y además en un café iluminado con luz eléctrica y junto a una cabina de teléfono... Este ejemplo me lo dio, cuando yo era joven, aquel pequeño prendero de libros por completo anónimo más que cualquiera de nuestros poetas contemporáneos. Y, sin embargo, había sido capaz de olvidarle. Por

supuesto, en los años de la guerra y entregado a la propia obra de una manera similar a la suya. Pero entonces, delante de aquella mesa vacía, sentí una especie de vergüenza frente a él, y al mismo tiempo una curiosidad renovada.

Porque, ¿adónde había ido aparar? ¿Qué había sido de él? Llamé al camarero y le pregunté. No, lo lamento, no conozco a ningún señor Mendel. Por el café no viene ningún señor con ese nombre. Pero tal vez el jefe de camareros sepa algo. De inmediato su prominente barriga se aproximó avanzando con torpeza. Vaciló, reflexionó un poco. No, tampoco él conocía a ningún señor Mendel. Aunque tal vez yo me estuviera refiriendo al señor Mandl: el señor Mandl de la mercería de la calle Floriani. Sentí un regusto amargo en los labios. El regusto de la fugacidad. ¿Para qué vivimos, si el viento tras nuestros zapatos ya se está llevando nuestras últimas huellas? Durante treinta años, tal vez cuarenta, una persona había respirado, leído, pensado, hablado, en aquella habitación de unos cuantos metros cuadrados, y bastaba con que pasaran tres o cuatro años, que viniera un nuevo faraón, y ya no se sabía nada de José. En el café Gluck ya no sabían nada de Jakob Mendel. ¡De Mendel el de los libros! Casi con rabia pregunté al jefe de camareros si no podría hablar con el señor Standhartner, si no quedaba alguien del viejo personal en la casa. Oh, el señor Standhartner; oh, Dios mío, hace tiempo que vendió el café.

Ha muerto. Y el anterior jefe de camareros vive ahora en su pequeña propiedad cerca de Krems. No, no queda nadie... ¡O sí! Sí, claro. Aún está la señora Sporschil. La encargada de los aseos (alias la vendedora de chocolate). Pero ella seguro que no puede acordarse de los distintos clientes. Pensé enseguida que a un Jakob Mendel no se le olvida, e hice que la llamaran.

La señora Sporschil, con el cabello blanco, desgredada, llegó de sus arcanos aposentos dando pequeños pasos hidrónicos y frotándose aún las manos rojas con un trapo a toda prisa. Era evidente que acababa de restregar su turbio cubil o de limpiar las ventanas. Por su manera insegura de comportarse me di cuenta enseguida de que le resultaba desagradable que la llamaran así, de repente, para que saliera bajo las grandes bombillas a

la parte noble del café. Los vieneses husmean de inmediato detectives y policías en cuanto alguien desea interrogarles. De modo que al principio me miró con desconfianza, con una mirada de abajo arriba, una mirada muy cauta, sumisa. ¿Qué de bueno podía yo querer de ella? Pero apenas había yo preguntado por Jakob Mendel, clavó la vista en mí con unos ojos llenos, se podría decir, rebosantes, y los hombros se le levantaron dando un respingo. «Dios mío, pobre señor Mendel. Y que aún quede alguien que piense en él. Sí, pobre señor Mendel». Estaba a punto de llorar. Hasta ese extremo se sentía conmovida, como les ocurre siempre a las personas mayores cuando se les recuerda su juventud, alguna feliz experiencia común ya olvidada. Le pregunté si aún vivía. «Oh, Dios mío, pobre señor Mendel, ya va para cinco o seis años, no, siete, que murió. Un hombre tan amable, tan bueno, y cuando pienso durante cuánto tiempo le conocí, durante más de veinticinco años... Estaba ya aquí cuando entré a trabajar. Y fue una vergüenza cómo le dejaron morir». Se la veía cada vez más nerviosa y me preguntó si era un pariente —nadie se había interesado jamás por él, nadie había preguntado nunca por él— y si sabía lo que le había ocurrido.

Le aseguré que no, que no sabía nada, y le pedí que me lo contara. Que me lo contara todo. La buena mujer me miró tímida y avergonzada y volvió a restregarse las manos con su trapo húmedo. Comprendí que, como encargada de los aseos, le resultaba penoso estar allí en medio del café, con su delantal sucio y el cabello blanco revuelto. Además, miraba de continuo a derecha e izquierda, para asegurarse de que ninguno de los camareros la escuchaba. De modo que le propuse que nos metiéramos en la sala de juego, junto al lugar que en otro tiempo había ocupado Mendel. Allí me lo contaría todo. La vieja y ya un poco vacilante mujer se adelantó, y yo fui tras ella. Los dos camareros, asombrados, nos siguieron con la mirada. Percibieron que allí había alguna extraña conexión. Y también algunos de los parroquianos se sorprendieron ante aquella pareja tan desigual. Allí, junto a la mesa de Mendel, me relató —algún detalle me lo proporcionó más tarde otro informe— el final de Jakob Mendel, de Mendel el de los libros.

Pues sí, también después, me contó, durante la guerra, siguió viniendo, día tras día, a las siete y media de la mañana. Y se había sentado

exactamente como siempre, estudiando durante el día entero. Sí, a todos les había parecido, y a menudo lo comentaron, que no era consciente de que estaban en guerra. Como ya sabía yo, jamás se había asomado a un periódico, ni había hablado nunca con otra persona. Pero, incluso cuando los vendedores ambulantes de periódicos armaban aquel escándalo para anunciar las ediciones extra y todos los demás se arremolinaban a su alrededor, él nunca se levantó ni prestó atención. Tampoco se percató de que faltaba Franz, el camarero, que había caído en Gorlice, y no sabía que al hijo del señor Standhartner lo habían cogido prisionero en Przemyśl. Nunca dijo una sola palabra acerca de que el pan se volviera cada vez más miserable, ni de que en lugar de leche tuvieran que traerle aquel horrible brebaje de café de higos. Sólo en una ocasión le había extrañado que vinieran tan pocos estudiantes. Eso fue todo. «Dios mío, pobre hombre, fuera de sus libros nada le alegraba ni le preocupaba».

Pero entonces, un día, ocurrió la desgracia. Hacia las once de la mañana, a plena luz del día, vino un gendarme con un miembro de la policía secreta que mostró la insignia en el ojal y preguntó si por allí solía ir un tal Jakob Mendel. Después se habían dirigido hacia la mesa de Mendel, y él, aún sin darse cuenta de nada, había creído que querían venderle algunos libros o preguntarle algo. Pero enseguida le conminaron a acompañarlos y se lo llevaron. Fue una vergüenza para el café. Todo el mundo se colocó en torno al pobre señor Mendel, tal y como estaba, allí entre aquellos dos hombres, con las gafas sobre el cabello, mirando a un lado y a otro, de un hombre al otro, y sin saber lo que querían de él. Pero ella, de sopetón, le había soltado al gendarme que debía de tratarse de un error, que un hombre como el señor Mendel no podía haberle hecho daño ni a una mosca. Entonces el de la policía secreta le había gritado que no se inmiscuyera en los asuntos oficiales. Después se lo habían llevado y durante mucho tiempo no volvió a aparecer por allí. Durante dos años. Aún hoy ignoraba ella qué era lo que entonces habían querido de él. «Pero le juro», dijo emocionada la vieja mujer, «que el señor Mendel no pudo haber hecho nada malo. Aquellos dos cometieron un error. Sobre eso pongo la mano en el fuego. Fue un crimen contra el pobre hombre inocente. ¡Un crimen!».

La buena y conmovedora mujer tenía razón. Es verdad que nuestro amigo Jakob Mendel no había cometido delito alguno. Tan sólo —no fue sino hasta más tarde que me enteré de todos los detalles— una terrible estupidez, una estupidez impresionante, una estupidez por completo inverosímil justo en aquellos años demenciales, algo que sólo se explica por el perfecto ensimismamiento en el que se sumía, porque aquel personaje único estaba en la luna. Había ocurrido lo siguiente. En la oficina militar encargada de la censura, de vigilar toda la correspondencia con el extranjero, habían interceptado un buen día una postal escrita y firmada por un tal Jakob Mendel, franqueada al extranjero de acuerdo con la normativa vigente, pero —caso increíble— dirigida a un país enemigo. Una postal a la atención de Jean Labourdair, Librero, Quai de Grenelle, París, en la que el tal Jakob Mendel se quejaba de que no había recibido los ocho últimos números del *Bulletin bibliographique de la France* a pesar de haber abonado previamente la suscripción anual. El empleado de la censura, un subalterno de servicio, profesor de instituto especializado en filología románica, al que le habían plantado el uniforme azul de la reserva, se quedó perplejo cuando aquel escrito llegó a sus manos. Una broma estúpida, pensó. Entre las dos mil cartas que cada semana registraba y examinaba en busca de notificaciones poco claras y giros sospechosos de espionaje, jamás hasta entonces había descubierto un hecho tan absurdo como aquel de que alguien enviara desde Austria una carta a Francia de manera tan despreocupada, es decir, que alguien echara al buzón, así como así y tan tranquilo, una carta dirigida a una potencia enemiga, como si la frontera desde 1914 no estuviera ribeteada con alambradas de espino y como si cada día que Dios ha creado, Francia, Alemania, Austria y Rusia no redujeran sus respectivas poblaciones masculinas en un par de miles de hombres. En un principio, había guardado la postal como una curiosidad en uno de los cajones de su escritorio, sin informar a sus superiores de aquel absurdo. Pero al cabo de unas semanas llegó otra postal del mismo Jakob Mendel dirigida a un librero llamado John Aldridge, en Holborn Square, Londres, preguntando si no le podría enviar los últimos números del *Antiquarian*. De nuevo estaba firmada por el mismo extraño individuo, Jakob Mendel, quien

con una ingenuidad conmovedora había añadido su dirección completa. Pero esta vez aquel profesor de instituto cosido al uniforme se sintió incómodo. ¿Acaso se ocultaba algún misterioso sentido cifrado tras aquella broma chapucera? En cualquier caso, se levantó y, tras chocar ambos tacones, le puso al comandante aquellas dos postales sobre la mesa. El comandante levantó los hombros. ¡Un caso singular! Por lo pronto, avisó a la policía para que investigara si de verdad existía aquel Jakob Mendel. Una hora después, Jakob Mendel ya había sido arrestado y conducido, tambaleándose aún por la sorpresa, ante el comandante, que le presentó las enigmáticas postales y le preguntó si reconocía ser el remitente. Excitado por el tono severo y, sobre todo, porque le habían sacado de su madriguera durante la lectura de un importante catálogo, Mendel se puso a vociferar casi de un modo grosero que claro que había escrito aquellas tarjetas. Tenía uno derecho a reclamar una suscripción que ya había pagado. El comandante, inclinándose hacia delante en el sillón, se dirigió al teniente de la mesa contigua. Ambos se miraron guiñándose los ojos en un gesto de complicidad. ¡Un loco de remate! Después el comandante reflexionó sobre si debía limitarse a gruñirle al mentecato aquel y echarlo de allí o si debía tomarse el caso en serio. En cualquier oficina pública cuando se presentan semejantes apuros, ante los que no se sabe qué hacer, suele uno decidirse casi siempre por abrir un expediente. Un expediente siempre está bien. Si no sirve para nada, no importa. Tan sólo se ha rellenado un pliego de papel más entre millones.

Pero en este caso se perjudicó por desgracia a un pobre hombre despistado, pues al hacerle la tercera pregunta salió a la luz un dato de consecuencias funestas. Se le pidió en primer lugar que diera su nombre. Jakob, para ser exactos, Jainkeff Mendel. Profesión. Vendedor ambulante. Es decir que no tenía licencia como librero, sólo un carné de vendedor ambulante. Con la tercera pregunta se produjo la catástrofe. Lugar de nacimiento. Jakob Mendel dio el nombre de una pequeña localidad cerca de Petrikau. El comandante alzó las cejas. Petrikau, ¿no está eso en la Polonia rusa, cerca de la frontera? Sospechoso. ¡Muy sospechoso! De modo que en un tono aún más severo inquirió cuándo había obtenido la nacionalidad

austriaca. Las gafas de Mendel se clavaron en él, una mirada oscura, asombrada. No acababa de comprender. Demonios, que si tenía sus papeles, sus documentos. Y dónde. No tenía más que el carné de vendedor ambulante. El comandante alzó cada vez más las arrugas de la frente. Debía aclarar de una vez el asunto de su nacionalidad. Y, ¿qué había sido su padre, austriaco o ruso? Con toda calma, Jakob Mendel contestó que, naturalmente, ruso. ¿Y él? Ay, él había pasado la frontera rusa de contrabando hacía treinta y tres años para no tener que prestar el servicio militar. Desde entonces vivía en Viena. El comandante se impacientó cada vez más. ¿Cuándo había obtenido la nacionalidad austriaca? ¿Para qué?, preguntó Mendel. Nunca se había preocupado por esas cosas. ¿De modo que seguía siendo ruso? Y Mendel, al que hacía rato que aquellas continuas preguntas le aburrían en lo más hondo, respondió con indiferencia: «La verdad es que sí».

El comandante, asustado, se echó hacia atrás de una manera tan violenta, que el sillón crujió. ¡De modo que esto podía ser! En Viena, en la capital de Austria, en plena guerra, a finales de 1915, después de Tarnów y de la gran ofensiva, un ruso se paseaba sin que nadie le molestara, escribía cartas a Francia e Inglaterra, y la policía no se preocupaba de nada. Y en los periódicos los muy idiotas se sorprendían de que Conrad von Hötzendorf no hubiera llegado directamente hasta Varsovia. Y en el Estado Mayor se asombraban cada vez que un movimiento de tropas era comunicado por espías a Rusia. También el teniente se había levantado y se colocó ante la mesa. La conversación se transformó de manera brusca en un interrogatorio. ¿Por qué no se había presentado de inmediato como extranjero? Mendel, aún sin malicia, replicó en su cantarina jerga judía: «¿Por qué iba a presentarme, de repente?». En aquella pregunta invertida el comandante percibió una provocación y, amenazador, preguntó si no había leído las proclamas. ¡No! ¿Es que tampoco leía los periódicos? ¡No!

Asombrados, como si la Luna hubiera caído en mitad de su despacho, los dos oficiales miraron a Jakob Mendel, que de pura incertidumbre ya empezaba a sudar un poco. Entonces repiqueteó el teléfono, las máquinas de escribir crepitaron. Los ordenanzas corrieron. Y Jakob Mendel fue

conducido a la prisión militar, para ser transferido con la siguiente hornada al campo de concentración. Cuando se le indicó que siguiera a los dos soldados, se quedó parado sin saber qué hacer. No entendía qué era lo que querían de él, pero en realidad no sentía ninguna preocupación. Al fin y al cabo, ¿qué podía tramar contra él el hombre del cuello dorado y la voz ordinaria? En su mundo superior de los libros no había guerras, ni malentendidos, tan sólo el eterno saber y querer saber aún más números y palabras, títulos y nombres. De modo que, apacible, marchó entre los dos soldados escaleras abajo. Sólo cuando le quitaron todos los libros que llevaba en los bolsillos del abrigo y le exigieron que entregara la cartera, en la que había metido cientos de notas y direcciones de clientes, sólo entonces, comenzó, furioso, a dar golpes a su alrededor. Tuvieron que sujetarle. Y, por desgracia, sus gafas cayeron al suelo. El mágico telescopio que le permitía contemplar el mundo del espíritu se rompió así en mil pedazos. Dos días después lo enviaron con su fina chaqueta de verano a un campo de concentración de prisioneros civiles rusos cerca de Komorn.

Los sufrimientos espirituales que tuvo que padecer Mendel durante esos dos años en el campo de concentración, sin libros, sin sus amados libros, sin dinero, en aquella inmensa jaula humana en medio de sus compañeros, indiferentes, ordinarios, la mayoría analfabetos, lo que hubo de sufrir allí, separado de su mundo, el mundo superior y único de los libros, como un águila con las alas cortadas respecto de su elemento, el éter, sobre esto no hay testimonios. Pero poco a poco este mundo, desengañado por su propia demencia, sabe que de todas las atrocidades y abusos criminales de esta guerra ninguno ha sido más absurdo, más infundado y, por lo tanto, menos disculpable desde el punto de vista moral que la detención y confinamiento tras alambradas de espino de civiles desprevenidos, muy lejos ya de la edad reglamentaria para prestar servicio en el ejército, personas que durante muchos años habían vivido en un país extranjero como en una patria y que por creer en el derecho de hospitalidad, sagrado hasta para los tungusos y los araucanos, perdieron la oportunidad de escapar a tiempo... Un crimen contra la civilización cometido sin sentido alguno en Francia, en Alemania y en Inglaterra, en cada terruño de esta Europa nuestra que perdió por

completo la razón. Y quizá Jakob Mendel, como otros cientos en aquel cercado, habría sucumbido de manera miserable ante el desvarío, bien de disentería, de inanición o por trastorno mental, si justo a tiempo una casualidad, una casualidad auténticamente austríaca, no le hubiera llevado de nuevo a su mundo. El caso es que en numerosas ocasiones, tras su desaparición, habían llegado a su dirección cartas de clientes distinguidos: el conde Schönberg, en otro tiempo gobernador de Estiria, coleccionista fanático de obras heráldicas, el antiguo decano de la Facultad de Teología, Siegenfeld, que estaba trabajando en uno de los comentarios de san Agustín, el antiguo almirante de la flota, Edler von Pisek, un jubilado de ochenta años que seguía corrigiendo sus memorias. Todos ellos, sus fieles clientes, habían escrito repetidas veces a Jakob Mendel en el café Gluck, y algunas de aquellas cartas le fueron enviadas al desaparecido hasta el campo de concentración. Allí cayeron en manos del capitán, un hombre casualmente de buenas intenciones, que se quedó admirado de las relaciones de aquel sucio judío medio ciego que, desde que le habían roto las gafas —no tenía dinero para conseguir unas nuevas—, se quedaba en un rincón, acurrucado como un topo, gris, sin ojos y mudo. Quien tenía semejantes amigos debía de ser algo especial. De modo que permitió que Mendel respondiera a aquellas cartas y solicitara una recomendación a sus protectores. No se hizo esperar. Con la apasionada solidaridad de todo coleccionista, tanto Su Excelencia como el decano pusieron en marcha sus contactos, y su aval conjunto consiguió que Mendel el de los libros, tras más de dos años de confinamiento, pudiera volver a Viena, por supuesto con la condición de presentarse diariamente a la policía. Sí, podía regresar al mundo libre, a su vieja, pequeña y estrecha buhardilla. Podía volver a pasar por delante de sus queridos escaparates llenos de libros y, sobre todo, al café Gluck.

La buena de la señora Sporschil pudo describirme el regreso de Mendel desde aquel submundo infernal al café Gluck por propia experiencia. «Un día, Jesús, María y José, no puedo creer lo que ven mis ojos, se abre la puerta, ya sabe usted, de refilón, tan sólo una rendija, como solía abrir él siempre, y el pobre señor Mendel entra en el café dando un tropezón.

Llevaba puesto un raído capote militar lleno de zurcidos, y en la cabeza algo que alguna vez debió de ser un sombrero, uno que habrían tirado. No tenía cuello de camisa, y parecía la muerte, con el rostro y el pelo grises, y tan flaco que daba lástima. Pero entra, directo, como si nada hubiera ocurrido. No pregunta nada, no dice nada. Va hacia su mesa, allí, y se quita el abrigo, pero no como en otro tiempo, con agilidad y sin esfuerzo, sino respirando con dificultad. Aquella vez no traía ningún libro. Se limita a sentarse y no dice nada. Tan sólo clava la vista ante él con los ojos vacíos por completo, resecos. Sólo poco a poco, cuando le llevamos todo el paquete con los escritos que habían llegado para él desde Alemania, se puso de nuevo a leer. Pero ya no era el mismo».

No, no era el mismo. Ya no era el *miraculum mundi*, el mágico archivo de todos los libros. Todos aquellos que le vieron por entonces, tristes, me contaron lo mismo. Algo en su mirada, en otro tiempo tranquila, en aquella mirada que tan sólo leía como en sueños, parecía destruido de manera irremediable. Algo había quedado reducido a escombros. El atroz cometa de sangre, en su loca carrera, debió de golpear también, retumbando, la apartada y pacífica estrella alciónica de su mundo de los libros. Sus ojos, acostumbrados durante décadas a las delicadas y silenciosas letras del tamaño de patas de insecto, debieron de ver cosas terribles en aquel corral para hombres entre alambradas de espino, pues los párpados caían pesados ensombreciendo las pupilas que en otro tiempo habían brillado de manera tan ágil e irónica. Somnolientos y con los bordes enrojecidos, los ojos antes tan vivos dormitaban tras las gafas reparadas con esfuerzo y atadas con unos finos cordones. Y lo que es aún peor, en el fantástico edificio de su memoria debía de haberse derrumbado algún pilar, y toda la estructura se había venido abajo, pues nuestro cerebro, ese mecanismo de conexión creado con la más sutil de las sustancias, ese fino instrumento de precisión mecánica acorde con nuestro saber, es tan delicado que una venilla obstruida, un nervio afectado, una célula cansada, una molécula un poco desplazada bastan para hacer enmudecer la armonía más extraordinariamente completa, la armonía esférica de una mente. Y en la memoria de Mendel, en aquel teclado único del conocimiento, las teclas, a

su regreso, estaban atascadas. Cuando de vez en vez alguien venía a recabar información, él se quedaba sentado, inmóvil, agotado, y ya no comprendía con exactitud, no oía bien, y olvidaba lo que le habían dicho. Mendel ya no era Mendel, como el mundo no era ya el mundo. El ensimismamiento completo ya no le mecía hacia delante y hacia atrás durante la lectura, sino que la mayoría de las veces se quedaba sentado con la mirada fija, las gafas sólo mecánicamente dirigidas hacia el libro, sin que se supiera si leía o si se quedaba aletargado. Muchas veces, así lo contó la señora Sporschil, la cabeza, pesada, se le caía sobre el libro, y se quedaba dormido a plena luz del día. En ocasiones miraba absorto durante horas y horas la extraña y fétida luz de la lámpara de acetileno que en aquella época de carestía del carbón le pusieron sobre la mesa. No, Mendel ya no era Mendel. Ya no era una de las maravillas del mundo, sino un fardo inútil, formado por una barba y un montón de ropa, que respiraba con fatiga, depositado sin sentido sobre el sillón en otro tiempo pítico. Ya no era la honra del café Gluck, sino una vergüenza, una mancha de mugre maloliente, desagradable a la vista, un parásito incómodo, inútil.

Eso es lo que le pareció al nuevo dueño, de nombre Florian Gurtner, originario de Retz, quien se había enriquecido durante el año de hambruna de 1919 con el estraperlo de harina y mantequilla, y que había persuadido al probo del señor Standhartner para que le vendiera el café Gluck poniéndole encima de la mesa ochenta mil coronas en billetes. Con sus recias manos de campesino actuó con energía, reformó a toda prisa el viejo y venerable café para ennoblecerlo, compró con letras sin valor, en el momento justo, sillones nuevos, instaló una entrada de mármol y empezó a negociar con el local contiguo para añadir una sala de baile. En ese precipitado proceso de embellecimiento, como es natural, le molestaba mucho aquel parásito de Galitzia que cada día desde primeras horas hasta la noche mantenía una mesa ocupada, y que sólo bebía dos tazas de café y se tragaba cinco panecillos. Es verdad que Standhartner le había encomendado en especial a su viejo cliente y había intentado explicarle hasta qué punto aquel Jakob Mendel era un hombre notable e importante. Por así decir, se lo había entregado en el traspaso con el resto del inventario, como una servidumbre

que formaba parte del negocio. Pero Florian Gurtner, con los nuevos muebles y la brillante caja registradora de aluminio, había adquirido también la grosera mentalidad de aquellos tiempos acaparadores, y sólo esperaba un pretexto para barrer fuera de su local, ahora tan distinguido, aquel último e incómodo resto de roña arrabalera. Pronto pareció presentarse una buena oportunidad, pues a Jakob Mendel le iban mal las cosas. Sus últimos billetes de banco habían quedado pulverizados por la trituradora de papel de la inflación. Sus clientes se habían dispersado. Y para volver, como un pequeño vendedor ambulante, a subir escaleras para recoger libros de casa en casa, a aquel hombre cansado le faltaban las fuerzas. Las cosas le iban muy mal. Se notaba en cientos de detalles. Rara vez se hacía ya traer algo de la casa de huéspedes, y hasta el más pequeño pago de café o de pan lo dejaba siempre a deber durante mucho tiempo. En una ocasión, incluso durante tres semanas. Ya por entonces el jefe de los camareros quiso ponerle en la calle, cuando la buena de la señora Sporschil se apiadó de él y se hizo cargo de su deuda.

Pero al mes siguiente se produjo la desgracia. Ya en muchas ocasiones el nuevo jefe de camareros había observado que la cuenta nunca coincidía con los bollos consumidos. Cada vez había más diferencia entre los panes servidos y cobrados. Sus sospechas, como es obvio, se dirigieron de inmediato hacia Mendel, pues el viejo y tambaleante ordenanza había venido muchas veces a quejarse de que Mendel hacía seis meses que le debía la paga, y de que no conseguía sacarle ni un centavo. De modo que el jefe de los camareros empezó a fijarse, y dos días después consiguió, escondido tras la pantalla de la estufa, sorprender a Mendel mientras se levantaba en secreto de su mesa, se dirigía hacia la sala de delante, cogía con rapidez dos panecillos de uno de los cestos y los engullía con avidez. A la hora de pagar, aseguró que no había comido ninguno. Las desapariciones ya tenían explicación. El camarero comunicó enseguida el incidente al señor Gurtner quien, contento por haber encontrado el pretexto que buscaba desde hacía tanto, bramó delante de todo el mundo contra Mendel, le culpó del robo e incluso se jactó de que no iba a llamar de inmediato a la policía, aunque le ordenó que en el acto se marchara al infierno y para siempre.

Jakob Mendel se limitó a temblar, no dijo nada, tropezó al levantarse de su mesa y se marchó.

«Fue una calamidad», dijo la señora Sporschil al describir su despedida. «Nunca olvidaré cómo se levantó, con las gafas sobre la frente, blanco como un pañuelo de bolsillo. No se tomó el tiempo necesario para ponerse el abrigo, a pesar de que estábamos en el mes de enero, ya sabe usted, durante aquel año tan frío. Y del susto, se dejó el libro sobre la mesa. Sólo me di cuenta más tarde, y quise llevárselo, pero ya había salido por la puerta dando traspies. Y yo no me atreví a seguirle por las calles, pues el señor Gurtner se apostó junto a la puerta y le gritó de tal modo que la gente se paró a mirar. Sí, fue un escándalo. Me sentí avergonzada hasta lo más profundo de mi alma. Algo así no habría ocurrido jamás con el viejo señor Standhartner: que a uno le echaran por un par de panecillos. Con él habría podido comer gratis toda su vida. Pero la gente de hoy en día no tiene corazón. Expulsar a alguien que se había sentado allí día tras día durante más de treinta años... Realmente es una vergüenza, y no me gustaría tener que responder por ello ante Dios... No».

La buena mujer se había alterado mucho y, con la apasionada locuacidad propia de la edad, volvió a repetir lo de la vergüenza y lo de que el señor Standhartner no habría sido capaz de una cosa así. De modo que al final tuve que preguntarle qué había sido de nuestro Mendel, y si había vuelto a verle. Entonces perdió los estribos y se excitó aún más. «Cada día, cuando pasaba junto a su mesa, cada vez, puede usted creerme, el corazón me daba un vuelco. Me preguntaba siempre dónde estaría entonces el pobre señor Mendel. Y si hubiera sabido dónde vivía, habría ido hasta allí para llevarle algo caliente, pues, ¿de dónde habría podido sacar él el dinero para pagar la calefacción y para comer? Además, por lo que yo sé, no tenía parientes en el mundo. Pero al final, como no supe nada más de él, pensé que debía de haber muerto, y que no iba a volver a verle. Y me dio por pensar si no debía mandar que leyeran una misa por él, pues era un buen hombre. Y porque nos conocíamos. Durante más de veinticinco años.

»Pero un día, muy temprano, a las siete y media —fue en el mes de febrero—, estaba yo justo limpiando el latón de las barras de las ventanas, y

de pronto creí que me daba un ataque, de pronto se abre la puerta y entra Mendel. Ya sabe usted que siempre caminaba torcido hacia delante y desorientado. Pero esta vez de algún modo era diferente. Enseguida me di cuenta, algo le arrastraba de acá para allá, tenía los ojos muy brillantes y, Dios mío, qué aspecto. ¡No era más que huesos y barba! De inmediato se me ocurre, ¡qué espanto!, en cuanto le veo pienso enseguida que no sabe nada, que va a plena luz del día dando vueltas como un sonámbulo. Se ha olvidado de todo, de lo de los panecillos y de lo del señor Gurtner y de qué manera vergonzosa le habían echado fuera. No sabe siquiera quién es. ¡Gracias a Dios que el señor Gurtner aún no había llegado! Y el jefe de los camareros estaba tomando su café. A toda prisa di un brinco para explicarle que no podía quedarse allí y dejarse expulsar por aquel tipo grosero —al pronunciar estas palabras, la señora Sporschil se volvió con timidez y rápidamente se corrigió—, quiero decir, por el señor Gurtner. De modo que le llamé: señor Mendel. Levantó la vista. Y entonces, en aquel instante, Dios mío, fue horrible, en aquel mismo instante debió de acordarse de todo, pues de inmediato se sobresaltó y empezó a temblar, pero no sólo le temblaban las manos, no, todo él tiritaba, se le notó hasta en los hombros y empezó a correr dando trompicones hacia la puerta. Allí se desplomó. Enseguida llamamos al servicio de socorro, y se lo llevaron, febril, tal y como estaba. Murió por la noche. Pulmonía, muy avanzada, dijo el médico. Y también que entonces, cuando volvió al café, no sabía ya lo que hacía. La fiebre le había llevado hasta allí, como a un sonámbulo. Dios mío, cuando se ha pasado uno así treinta y seis años sentado cada día a una mesa, entonces esa mesa es como su hogar».

Aún estuvimos bastante tiempo hablando de él, las dos últimas personas que habían conocido a aquel ser humano extraordinario. Yo, a quien, siendo joven, y a pesar de mi insignificante existencia de microbio, había concedido un primer atisbo de lo que es una vida por completo volcada en el espíritu. Y ella, aquella mujer pobre y consumida, la encargada de los aseos, que jamás había leído un libro, pero que se sentía unida a aquel camarada de su pobre mundo inferior tan sólo porque durante veinticinco años le había cepillado el abrigo y le había cosido los botones. Sin embargo,

nos entendimos de maravilla junto a su vieja mesa abandonada, compartiendo aquella sombra a la que habíamos conjurado entre los dos, pues el recuerdo siempre une. Y un recuerdo afectuoso, doblemente. Y de pronto, en mitad de la conversación, la mujer se acordó de algo: «Jesús, qué despistada... Si aún tengo el libro que dejó entonces sobre la mesa. ¿Dónde habría podido llevárselo? Y después, como no se presentó nadie, después pensé que podría quedármelo como recuerdo. ¿Verdad? No he hecho mal». A toda prisa, lo trajo de su cuchitril en la parte trasera. Y me costó reprimir una ligera sonrisa, pues al destino, siempre dispuesto al juego y a veces irónico, le gusta mezclar, malicioso, lo estremecedor y lo cómico. Se trataba del segundo tomo de la *Bibliotheca Germanorum erotica et curiosa*, de Hayn. Un compendio de literatura galante bien conocido por todo coleccionista. Precisamente aquel catálogo escabroso —*habent sua fata libelli*— había ido a parar, como último legado del mago desaparecido, a aquellas manos ignorantes, ajadas y llenas de estrías rojas, que lo más probable es que no hubieran sostenido jamás otro libro fuera del de oraciones. Tuve que esforzarme por apretar los labios para resistir la sonrisa que, involuntaria, trataba de escapar desde mi interior. Y aquel leve titubeo confundió a la buena señora. ¿Se trataba al final de algo valioso o me parecía que podía quedárselo?

Le di afectuoso la mano. «Quédeselo tranquila. A nuestro viejo amigo Mendel le habría encantado que al menos una entre los muchos miles de personas que le deben un libro aún se acuerde de él». Después me marché y sentí vergüenza frente a aquella anciana y buena señora que, de una manera ingenua y sin embargo verdaderamente humana, había sido fiel a la memoria del difunto. Pues ella, aquella mujer sin estudios, al menos había conservado el libro para acordarse mejor de él. Yo, en cambio, me había olvidado de Mendel el de los libros durante años. Precisamente yo, que debía saber que los libros sólo se escriben para, por encima del propio aliento, unir a los seres humanos, y así defendernos frente al inexorable reverso de toda existencia: la fugacidad y el olvido.



STEFAN ZWEIG (Viena, 1881 - Petrópolis, Brasil, 1942) fue un escritor enormemente popular, tanto en su faceta de ensayista y biógrafo como en la de novelista. Su capacidad narrativa, la pericia y la delicadeza en la descripción de los sentimientos y la elegancia de su estilo lo convierten en un narrador fascinante, capaz de seducirnos desde las primeras líneas.

Es sin duda, uno de los grandes escritores del siglo XX, y su obra ha sido traducida a más de cincuenta idiomas. Los centenares de miles de ejemplares de sus obras que se han vendido en todo el mundo atestiguan que Stefan Zweig es uno de los autores más leídos del siglo XX. Zweig se ha labrado una fama de escritor completo y se ha destacado en todos los géneros. Como novelista refleja la lucha de los hombres bajo el dominio de las pasiones con un estilo liberado de todo tinte folletinesco. Sus tensas narraciones reflejan la vida en los momentos de crisis, a cuyo resplandor se revelan los caracteres; sus biografías, basadas en la más rigurosa investigación de las fuentes históricas, ocultan hábilmente su fondo erudito tras una equilibrada composición y un admirable estilo, que confieren a estos libros categoría de obra de arte. En sus biografías es el atrevido pero devoto admirador del genio, cuyo misterio ha desvelado para comprenderlo y amarlo con un afecto íntimo y profundo. En sus ensayos analiza problemas culturales, políticos y sociológicos del pasado o del presente con hondura psicológica, filosófica y literaria.

# Notas

[<sup>1</sup>]Según los judíos, existen dos poderes en el alma: el de la fe (*emunah*) y el del intelecto (*sechel*). (*Las notas son de la T.*) <<

[2] En hebreo la palabra *am-ha'arez* se utiliza para designar a un hombre analfabeto o lego, por contraposición al sabio e instruido. La palabra *amhorez* es el término yiddish correspondiente. <<